

SERMON

PARA MISA NUEVA.

*Et suscitabo mihi sacerdotem fidelem
qui iuxta cor meum et animam meam
faciet: et edificabo ei domum fidelem, et
ambulabit coram Christo meo cunctis
diebus.*

Y levantaré para mí un sacerdote fiel, que se portará conforme á mi corazón y á mi alma: y le edificaré una casa fiel, y andará todos los días delante de mí Cristo.

(1.º Reg., c. II. v. 35.)

El primer libro de los cuatro llamados de los Reyes, en la Sagrada Escritura es conocido también por *Libro de Samuel*, primero de los Reyes, como el segundo, porque en él se narran con especialidad los hechos de este gran Profeta, hasta su muerte; y acaso, más que todo, porque comienza por su milagroso nacimiento, como si antes de la Monarquía, se alzara en el pueblo de Dios la grande y sublime institución del sacerdocio, recibiendo de ella los soberanos la unción sagrada, y recordando en todos los pueblos y en todas las formas de gobierno conocidas en los países civilizados aquellas frases del Altísimo, que tienen augusta é íntima aplicación para todas ellas: *Por mí reinan los Reyes y administran los poderosos la verdadera y recta justicia*; mal que pese á los defensores del pacto social de Rousseau y de la soberanía creada por los hombres.

No vengo yo precisamente en este instante, amados hermanos míos, á establecer esa teocracia que hoy tanto asusta, ni á defender ese derecho divino que tanto escandaliza á los modernos, por más que le veo, porque no puede menos de existir, como Dios, que está en todas partes en su alta, providencial y amorosa mirada por el mundo, hasta en esas formas y en esas elecciones más populares y libres: que las suertes, ha dicho el Libro Santo, son también manejadas por la mano invisible de Dios, en el seno oscuro de una bolsa, como el corazón del hombre, y su voluntad, perfectamente espontánea, está sin embargo sujeta á la acción y dominio universal de ese Dios, que si le deja abusar de esa misma libertad muchas veces, es para castigar sus excesos, valiéndose de esa misma libertad de que tanto blasona; y entonces, y en el caso presente, los tiranos, aun elegidos por los pueblos, constituyen la expiación de esas mismas falsas libertades.

Repito, sin embargo, que no vengo á hablar detenidamente como se merece, de todo eso; vengo únicamente á señalar, en el principio, como en el fin, de esos dos Santos Libros, al pequeño y al grande Samuel, concebido de madre estéril, como más tarde el Bautista; nacido en los montes de Efraím, como Juan en los de Hebrón; saltando de gozo, consagrado al servicio de Dios desde la cuna, como el Precursor en la visita de María, en el vientre de su madre: y al señalar á ese hombre, amado de Dios y de los hombres desde Dan hasta Bersabé, para hablar con la letra misma del texto sagrado, señalo también á ese otro Samuel que estoy desde aquí viendo al pie de ese altar, dispuesto á ofrecer el primer sacrificio incruento, á mostrarse al pueblo, grande cual Moisés al bajar del Monte de conversar con Dios; prodigioso cual su hermano Aarón, interpuesto entre los vivos y los muertos en los rigores de la plaga; lo diré ya con San Pablo: Pontífice elegido de entre los hombres y constituido por los mismos para las cosas que dicen relación á Dios; para ofrecer sacrificios y para consolar y compadecer á los que delinquen; para pedir y ofrecer por él,

pobre y miserable, y por todos sus compañeros de infortunio.

Estoy ya descubriendo el plan de mi peroración en esta mañana: Dios dijo al pequeño hijo de Elcana, el Efrateo, y de Ana, la *graciosa*, según su mismo nombre, la madre milagrosamente fecunda, según la narración revelada, la autora del cántico sublime con que comienza el capítulo 2.º del Libro I de Samuel, ó de los Reyes; Dios, repito, le dijo al anunciarle la reprobación del sacerdocio de Helí, al que debía sustituir enseguida en tan sublime cuanto espinoso y difícil cargo: *Y levantaré para mí un sacerdote fiel, que se portará conforme á mi corazón y á mi alma; y le edificaré una casa fiel, y andará todos los días delante de mí. Cristo.*

Y ved aquí, en ellas mismas, los recíprocos *deberes* del sacerdote y de la sociedad; apréndelos y tiembla, con temor santo, nuevo y mi querido compañero; apréndelos también y teme, sociedad que rechazas al sacerdocio, que le calumnias, que le menosprecias; hay un sacerdote fiel, hoy más, entre nosotros: que haya asimismo una casa fiel en que pueda desplegar todas las grandezas y los consuelos y las maravillas de su ministerio santo.

Tú eres sacerdote eterno, según el orden de Melquisedec, Señor y Dios mío: que tus sacerdotes aparezcan cubiertos de tu salud, como de una vestidura gloriosa, y que por ellos tus santos se regocijen, constituye, según David, la expresión completa de tus ardientes amorosos deseos: tratando yo de realizarlos ahora, en lo posible, con mi pobre palabra, dame la tuya, mi Dios, para el nuevo sacerdote y para los viejos fieles que me escuchan; te lo pedimos todos por la mediación de la Sacerdotisa augusta del Calvario, á la que reverentes decimos:

AVE MARÍA.

La situación de Israel, cuando el Señor suscitó para el sacerdocio al pequeño efraimita, era por cierto muy parecida á

la de la sociedad en que te suscita á ti, nuevo y querido sacerdote; la noche, en su silencio; la lámpara oscilante ante el arca de los oráculos, te marcan las vías del retiro y de la soledad, y de la meditación, para salir á luchar con esa sociedad sin creencias y sin luz, á pesar de toda su ilustración y adelantos, en la que no hay *visión manifiesta*, como tampoco la había entre el pueblo escogido en aquella tristísima época; aquí no hay más visiones que las del espiritismo, que son verdaderas visiones, risibles de todo punto, si no fuera por sus trascendentales y terribles resultados: aquí no hay más que Saúles desobedientes y reprobados, que en el colmo de sus desventuras, y cuando blasfeman todo lo que ignoran y corrompen todo lo que alcanzan en la esfera de lo natural y sensible, sus fuerzas intelectuales, morales y aun físicas, acuden supersticiosos á lo desconocido, por vías enteramente reprobadas, como ellos mismos; y ante esos desgraciados consultores de Pitonisas de Endor, se levanta y se levantará siempre la sombra severa é implacable de Samuel, del sacerdocio católico, para condenar sus errores, anatematizar sus vicios y predecir sus desgracias.

El sacerdocio y la casa de Helí, reprobados: Ofni y Fineés tendidos sin vida, en el campo de batalla, ante las falanges incircuncisas en un mismo y sólo día, en que el Arca queda prisionera de las gentes que no conocen á Dios: la esposa de Fineés muriendo al recibir tan fatales nuevas en el acto de dar á luz un ser desdichado, al que consagró su última terrible frase, *Ichabod*, llamándole *acabóse*, esto es: acabóse la gloria de Dios y nuestro linaje, y la felicidad de nuestra casa; y el viejo sacerdote, cayendo de espaldas desde su silla al peso de tantas desgracias. Mira todo eso, nuevo sacerdote, y ten además en cuenta que si bien los hijos de Helí monopolizaban la ofrenda y el sacrificio, el pobre padre sólo era culpable de negligencia y de excesivo cariño, y se había conformado con la voluntad divina y aceptado con resignación las amenazas de Dios, anunciadas por el pequeño vidente: piensa todo esto,

y tu imaginación te llevará enseguida á la parábola evangélica de los siervos, para ver al indolente, arrojado á las tinieblas exteriores.

Pero ensancha más bien, amadísimo consocio, tu corazón y tu alma; la mies abunda y escasean en verdad los operarios; la Iglesia y el pueblo fiel han rogado al dueño de ese fruto abandonado que envíe operarios, y te ha enviado á ti, como á Jeremías, á fin de que destruyas, y arranques, y consolides, y edifiques, y plantes; ¡mira los campos rojos ya para la siega! ¡operario elegido, enviado y dichoso, los graneros de Jesucristo te aguardan!

Mira una vez más á Samuel; recorre todo el Libro I de los Reyes, y allí encontrarás tu modelo, tu luz, tu guía, y la síntesis mejor y más acabada de los deberes del sacerdote católico, que son desde hoy los tuyos: le verás llorando por el pueblo, que enfatuado pide Rey, á semejanza de las Gentes, como si no tuvieran por Rey desde el principio, desde su salida de la esclavitud de los Faraones, á Dios, que los gobernaba por sus caudillos, por sus Jueces y sus Profetas, que desprecian; le verás ungiendo á Saúl, escogido de una manera especial y misteriosa, asistiendo á sus victorias, robusteciéndole con sus consejos, imprimiendo á todos sus actos un sello indeleble é infalible de autoridad y de prestigio divino; le verás amenazándole, reprobándole, levantándose en la cueva de la adivina para anunciarle su muerte: le verás, en fin, generoso, intrépido ante monarca y pueblo, desafiando las injustas iras de uno y de otro, y protestando de su desinterés y de su puro afecto hacia sus compatriotas.

Y tú eres más que Samuel, como Jesucristo era mayor que Salomón, cuya sabiduría hizo venir de tan lejos á la Reina de Sabá; porque Samuel y los Profetas sólo fueron enviados á un pueblo determinado, y con una misión determinada también, mientras que tú, como los Apóstoles, lo eres á todo el mundo en su vasta extensión geográfica, y en la no menos vasta de sus miserias y de sus errores, de sus vicios y de sus crímenes;

porque ellos vivían bajo la Ley, y tú bajo la Gracia; ellos en la sombra, tú en la realidad; ellos recibían las inspiraciones de Dios y operaban milagros entre los hombres, y tú, para decirlo de una vez ya todo, bajas á Dios del cielo y obras, además de ese milagro, el de convertir la tierra en un paraíso.

No mires ya, pues, precisamente á Samuel; cierra el Testamento Antiguo y abre el Nuevo; mira á Jesucristo, Hombre-Dios, en la noche de la Cena en casa de Simón el Leproso; en la Cruz, abriendo el cielo á Dimas: ese eres tú, venerable y santo compañero mío; y si te asustas, como es forzoso, de esa altura, baja á la tierra y mira á los pobres pescadores del lago de Genesareth convertidos en pescadores de hombres: y míralos rudos, ignorantes, flacos y miserables, primero, y voces universales y cielos ambulantes después; y baja más, si te parece que aún estás en mucha altura, y mira á los discípulos de esos hombres, y sigue la cadena interminable del sacerdocio, que nunca se ha de romper, á pesar de todos los esfuerzos de las sociedades sin Dios, porque nunca muere el Sacerdote Eterno, Cristo; y le verás glorioso en Juan Nepomuceno, mártir del sigilo sacramental; y en Ignacio de Loyola, el de la mayor gloria divina; y en José de Calasanz, el maestro de la niñez; y en Vicente de Paúl, el padre de la infancia expósita; y en Camilo de Lelis, el ángel de los que luchan entre la vida y la muerte; y en Cayetano de Thiene, víctima de una sedición popular, en que le arrebató la existencia el oír ofender á Dios; y en Jerónimo Emiliani, catequista de los pobres; y en Juan de Mata y Félix de Valois, redentores de cautivos; ¡basta! que la historia del sacerdote fiel que obra según el alma y el corazón de Dios tiene muchas páginas, y no es posible reducirla á los estrechos límites de un discurso; puedes leerla y meditarla despacio, porque aún no ha concluído, ni concluirá hasta la terminación de los siglos.

Sociedad del nuestro ¿has leído esa historia? Me parece que no, y en todo caso bien poco has aprovechado su lectura: por ello, y ya que has visto al sacerdote fiel, que no conocías,

quiero que veas la casa fiel, edificada por Dios para ese sacerdote, que ha de andar siempre en presencia de Cristo; y esta casa eres tú, aunque desdeñes el serlo, porque sus individuos son templos del Dios vivo, y el Cristo ha sido ungido para reinar sobre ti en ese sacerdote eterno.

Si no admites, en tu loco desvarío, la historia revelada; si crees en mal hora para ti, que pasó de moda el Evangelio y que la Iglesia, que ha durado diez y nueve siglos, no llegará acaso al vigésimo, por tenérselas que haber con generación tan progresiva é ilustrada, ven: abre el libro de la historia profana, y estudia en él la gloriosa carrera y vida del sacerdocio, no ya en las naciones medianamente civilizadas y en las religiones positivas, sino en nuestros días mismos en el centro de los bosques, en la inmensidad de las selvas, en regiones aún no exploradas; y tendrás que admitir coma axioma de infalible verdad y experiencia comprobada por los hechos, el de aquel filósofo del paganismo: *Que es más fácil hallar una ciudad edificada en el aire, sin cimientos, que un pueblo sin religión;* y por consiguiente, te deduciré yo, sin sacerdocio.

Y si aún rechazas ese testimonio irrecusable de la historia de la humanidad; si en tu loco desvarío crees llegado el momento de borrar esa historia para lo sucesivo, porque la humanidad entra en vías decididas de emancipación y de progreso, libre de trabas y de preocupaciones de todo género, contempla ya al sacerdocio, no elemento religioso, sino únicamente, si así lo quieres, social; contempla sus beneficios, y sus resultados, y su misión, y su objeto en la sociedad, y creo que si lo haces imparcial, aunque sumariamente, han de quedar satisfechas todas esas aspiraciones de progreso, de perfección y de bondad, de que tanto te ufanas y haces alarde.

¿Deseas perfección y progreso en la ciencia? Es el campo predilecto del sacerdocio católico: la enseñanza, su misión especial; la verdad, su constante objetivo; los adelantos y descubrimientos, aun en las ciencias físicas y naturales, puede decirse, han sido su exclusivo patrimonio. ¿Deseas moral, ver-

dadera moral, virtudes llevadas hasta el heroísmo? Abre la historia de esa institución, y la encontrarás saturada del ambiente de la bondad y del bien, constante en las vías del sacrificio, adelantada en los caminos de la perfección, en cuanto es dable á la condición humana. ¿Quieres beneficencia, filantropía, sensibilidad, nobles afecciones, sentimiento, caridad, te diré yo con el lenguaje castizo de nuestro Diccionario, sin andar rebuscando tantos vocablos? Ahí tienes al sacerdote católico, hecho todo para todos, como su Divino Maestro; consolando, bendiciendo, perdonando, socorriendo las miserias en todos los terrenos, siendo pobre en medio de su riqueza en sus mejores tiempos, como hoy rico en medio de su actual reconocida pobreza; pródigo de todo, hasta de su vida, en favor de sus hermanos; despreciándolo todo, viendo pasar el mundo como si no fuera, como una sombra; y después de todo, despojado, maldonado, calumniado por esa sociedad que le debe la vitalidad, y la organización, y el ser en todos los terrenos; ¿no conoces que esto es triste, muy triste, y que sólo puede ambicionarse esa vocación y ese estado, hoy sobre todo, teniendo por modelo y por guía al Maestro Divino que anticipadamente sufrió todo eso?

Teme, pues, sociedad ingrata para el sacerdocio de Cristo; teme; que cuando sus ministros, como Samuel, lloren ante Dios, entre el vestíbulo y el altar, para que perdone á su pueblo, que busca Rey, teniéndole eterno, y rechaza á los operarios evangélicos, cuyas huellas le trajeron siempre la abundancia y la paz; cuando deploren la suerte desdichada de tantos Saúles, primero elegidos y luego reprobados, les pregunte el Monarca de los Cielos, y Sacerdote del orden de Melquisedec por siempre: «¿Hasta cuándo vas á llorar, sacerdote mío? ¡No te han rechazado á ti sino á Mí, porque no quieren reine sobre ellos! ¿Por qué lloras á Saúl? ¿No le reprobé yo? ¡Ven, que te voy á enviar á buscar Davides sumisos, pueblos dóciles, sociedades sencillas y justas! ¡Ven, serás el instrumento mejor de mis justas venganzas!»

¡No, Dios mío, no; dejad al sacerdote en medio de nosotros! ¡Y él, que nos hizo nacer á nueva y mejor vida, que guió nuestra niñez, que educó nuestra juventud, que iluminó nuestro entendimiento, y dirigió nuestro corazón, y fortificó con sus ejemplos nuestra alma, y preparó tan admirablemente nuestros caminos en la peregrinación incierta y fatigosa de la existencia humana en la tierra, que cierre nuestros ojos, y venga á señalarnos el cielo, y á rezar sobre nuestra tumba las preces de la Iglesia, porque no queremos dejar de ser sus hijos!

Y tú, querido y buen sacerdote, al altar; que no es justo que yo detenga ya ese acto sublime y ese misterio sacrosanto, cuya solemnidad nos tiene aquí tan grata como devotamente reunidos; vas á llamar á Dios á tus manos por la primera vez, y va á bajar sumiso, y obediente, y amante, y cariñoso, porque baja á las mías hace ya muchos años, sin cansarse de mis frialdades, ni cuidarse de mis siempre crecientes imperfecciones; cuando le veas allí, sobre esos corporales ya extendidos, en el fondo de esa copa escondida en el saco del corazón tuyo, Benjamín predilecto, sacerdote amado, pídele..... tú sabrás por quién, y cómo, y en qué forma, mejor que yo, que tampoco quiero excitar tus lágrimas, ni turbar ahora tu corazón con recuerdos; lo que Él te inspire allí, lo que venga á tu memoria y se fije sucesivamente en tu alma y en tu corazón en tan solemnes instantes, eso será indudablemente lo mejor; pero si haces recuerdos especiales, te pido la última silla para mí en ese convite en que hoy ocupas tú el primer asiento; y mira también, amado compañero, que pidas muy especialmente por todos los nuestros, por la Iglesia, por la sociedad; ¡ah! sí, por la pobre sociedad que nos persigue, y nos calumnia, y nos empobrece, y nos lanza de su seno como leprosos, y parias, y parásitos, cuando ella es la manchada, y la ciega, y la abominable en la presencia de Dios y de sus hijos, todavía honrados, buenos y fieles, como los que aquí asisten, llorando de alegría con nosotros; pide, y mucho también, por ellos.

Mis amados hermanos: pronto, muy pronto la voz del nue-

vo sacerdote mandará elevar los corazones; arriba, pues, los vuestros con el suyo, tan noblemente emocionado en estos momentos, hasta subir á Dios que baja á sus manos y á su pecho como prenda, para él y para nosotros, de futura gloria y anillo de eterno desposorio en el cielo.—Amén.

PLAN DEL SERMÓN DE MISA NUEVA

*Et suscitabo mihi sacerdotem fidelem
qui iuxta cor meum et animam meam
faciet: et edificabo ei domum fidelem,
et ambulabit coram Christo meo cunctis
diebus.*

Y levantaré para mí un sacerdote fiel, que se portará conforme á mi corazón y á mi alma: y le edificaré una casa fiel, y andará todos los días delante de mí Cristo.

(1.º Reg., c. II, v. 35.)

Exordio. El Libro I de los Reyes ó Samuel.—Su nacimiento, sus hechos y su muerte.—La unción sacerdotal y real.—El derecho divino en todas las formas de Gobierno.—La teocracia inevitable é ineludible en su verdadera esencia y forma.—Aplicación del hecho bíblico al asunto.—El nuevo sacerdote, y su vocación, y su elección, y su misión.—*Deberes de él para la sociedad y viceversa* en la misma división natural del texto.

Situación de Israel en aquella época, y de nuestra sociedad hoy.—Descreída y supersticiosa, desobediente y aturdida; como Saúl reprobado.—Exterminio de la casa y sacerdocio de Helí, y sus causas.—Exhortación al nuevo sacerdote.—Samuel, su modelo.—Transición

al sacerdocio de la Nueva Ley.—Sacerdotes ejemplares.—Grandeza y heroísmo de este sacerdocio.—Nepomuceno, Paúl, Ignacio, Cayetano, Calasanz, Lelis y otros.

La sociedad, *casa fiel*.—Los individuos, templos vivos de Dios.—Historia del sacerdocio en general, y contemplada en todas las Religiones.—Necesidad social.—Elemento ejemplar.—Ciencia.—Virtud.—Adelantos.—Consuelos.—Amenazas á la sociedad por su conducta para con el sacerdocio.—Invocación á Dios.—Apóstrofe al nuevo sacerdote.—A los fieles.—Oraciones, ruegos y recuerdos solemnes en el altar.—Súplica.

SERMON

DE PROFESIÓN DE UNA RELIGIOSA.

*Lætatus sum in his que dicta sunt
mihi: in domum Domini ibimus.*

Me he alegrado en esto que se me
ha dicho: á la casa del Señor iremos.

(Ps. CXXI, v. 1.)

Después de Abimelech, el Juez de Israel, muerto vergonzosamente por una mujer, al pie de la torre de Thebes, juzgaron en paz al pueblo de Dios, Thola y Jair; y *haciendo lo malo*, según la frase bíblica, *en la presencia de Dios*, los Israelitas, como tantas otras veces, sufrieron el yugo de los Filisteos y de los Ammonitas, hasta que un hombre oscuro, arrojado como espúreo del hogar de Galaad por sus hermanos, Jepté, se tornó, airado, en aventurero, y nuevo José, vino á dominar, llamado á la judicatura por los mismos que le habían privado de su herencia.

Temblaron los incircuncisos á la vista de este segundo Gedeón, y entraron en tratos con él: pero Jepté jugaba, como suele decirse; el todo por el todo, y no estaba de humor de concesiones, pactos, ni acomodamientos; y legítimamente orgulloso de su fortuna en el terreno de las armas, las volvió contra los hijos de Ammón, que se le mostraban más intransigentes y envanecidos, haciendo al Señor, si le concedía su exterminio, una promesa fatal, un voto imprudente: el sacri-